

Diez articulistas para la historia de la literatura española

Teodoro León Gross y Bernardo Gómez Calderón
(dirs.)

Madrid, 2010

Ediciones APM, Fundación Manuel Alcántara, Asociación de la Prensa de Cádiz y Fragua Libros
366 p.

ISBN: 978-84-87641-41-1

Si a la literatura española contemporánea le extirpáramos todos los nombres que provienen del periodismo quedaría escuálida y demacrada, porque es tan elevado el número de quienes han construido toda o parte de su obra en la prensa (que se han iniciado en ella o se han dado a conocer en sus páginas) que desde el primer momento esta se ha convertido en una parte consustancial de aquella. Y, según pasan los años, la tendencia más asentada no se inclina a tomar caminos separados, sino paralelos y entrecruzados.

Es algo que se pone en evidencia cuando se repasan los capítulos de la obra que han dirigido Teodoro León Gross y Bernardo Gómez Calderón, *Diez articulistas para la historia de la literatura española*. Allí se encuentra esa decena de autores que destacaron en el campo del articulismo y que, apoyados en las capacidades que desarrollaron allí, convirtieron su tarea en la mejor aportación o se auparon hasta volar por su cuenta en otras manifestaciones literarias. Cada uno siguió su propia trayectoria, pero todos ellos cultivaron con gracia y sutileza esa pieza mínima, delicada y penetrante que puede ser el artículo.

La selección llevada a cabo por los directores de este volumen nos coloca ante diez nombres inmarcesibles en

este campo, de los que es evidente que no sobra ninguno, aunque a nadie se le escapa que algunos más deberían haber sido añadidos a la lista. Pienso en Mesonero Romanos y Estébanez Calderón; en los grandes de la generación del 98 (Unamuno y Azorín, por ejemplo); en Juan Valera, Ortega Munilla, Pardo Bazán, Ortega y Gasset, D'Ors, Pemán, Haro Tecglen y Campmany, por sacar unos pocos nombres de la cesta, donde tantos otros permanecen agazapados. Había que elegir, claro está, y ¿qué representa una decena para los cientos que merecen ser tomados en cuenta por sus artículos o columnas?

Inaugura la serie Mariano José de Larra (Madrid, 1809-1837), que ha conseguido el que “dos siglos después aún veamos retratada en sus textos la esencia de la sociedad española, que la entendamos y nos entendamos mejor y que nos admiremos de su estilo brillante, ágil, divertido y certero” (Beatriz Gómez Baceiredo y Fernando López Pan). No es escritor en la prensa, sino periodista por encima de todo; hombre que pisa la calle para recoger datos y aspiraciones, pero que sabe extraer de todo ello lo permanente por encima de lo accidental; que pretende cambiar políticas públicas y mentalidades privadas, aunque llegue a convertirse en víctima de sus frustraciones.

Más conocido por sus novelas que por sus artículos, Pedro Antonio de Alarcón (Guadix, Granada, 1833-Madrid, 1891) fue un periodista volcado en esta tarea, que en las páginas volanderas dejó muestras de lo que se considera que son las dotes más necesarias para este oficio, “intuición, facilidad y rapidez de escritura, capacidad de improvisación, agudeza de juicio y dotes de observación” (María Dolores Royo Latorre). Artículos de costumbres y crónicas de sociedad o de viajes, críticas de arte y de literatura, crónicas de guerra (*Diario de un testigo de la guerra de África*), fueron muchos los géneros que practicó y aún lo propiamente literario pasó primero por las páginas de diarios o revistas, porque tal era su inclinación más sentida.

También ha calado más hondo la parte narrativa que la periodística en Leopoldo Alas (como es lógico), pero no pueden dejarse de lado los miles de artículos que fue publicando a lo largo de su vida: “El modo primordial de la escritura clariniana es el periodismo, ya que toda su pro-

ducción pasa en primer lugar por la prensa (Ángeles Ezama Gil). Innumerables periódicos recogieron sus colaboraciones persistentes y entusiastas de Clarín (Zamora, 1852-Oviedo, 1901), en las que mostró siempre una preferencia por el periodismo literario. Bien diferente es la trayectoria de Mariano de Cavia (Zaragoza, 1855-Madrid, 1920), pues este “fue exclusivamente periodista, ni literato ni historiador (...). Sólo escribió artículos, crónicas y críticas literarias (...). Su destreza, ingenio y mucho oficio le permitieron disfrutar de esa independencia y libertad que siempre reivindicaba” (María Angulo Egea).

Julio Camba (Vilanova de Arousa, 1884-Madrid, 1962) fue corresponsal en multitud de países, cuando casi nadie ejercía esta actividad, y un articulista, *bon vivant*, siempre dispuesto a proyectar una mirada simpática a lo que le rodea, lo que logra despertar la curiosidad del lector, según Fermín Galindo: “Busca trascender la visión normal de las cosas, racionalizándola al máximo, para después reducirla al absurdo”, añade. Igual de trotamundos y de vividor se manifestó a lo largo de su vida Josep Pla (Palafrugell, Gerona, 1897-Llofríu, 1981), cuya herencia más perdurable habrá sido “su materialismo estilístico: sus metáforas industriales. Y ese algo interrumpido, cortado en seco de los mejores de sus textos veraces: una condición de la escritura *faction*, que detesta los acabados”.

Entrevistas, reportajes y crónicas escribió en abundancia César González-Ruano (Madrid, 1903-1965), pero sobre todo artículos, miles de ellos, a razón de unos cincuenta al mes durante los últimos años de su vida. En tales textos “dejaba entrever el potente, majestuoso y agilísimo sello de su estilo donde se daban cita cultura, emoción y memoria”, por más que al final mostrara un creciente agotamiento (Miguel Pardeza). Discípulo y amigo suyo es Manuel Alcántara (Málaga, 1928), quien le ha sido fiel en el género, pero le ha superado en el número y en la intensidad de la dedicación. Según Teodoro León, “la gramática textual del autor descubre, tejido en un estilo sencillo que se impone con disciplina, recursos característicamente literarios, capaz de impregnar al artículo con soluciones infrecuentes en el papel prensa”: son las metáforas audaces, la intertextualidad, los juegos de palabras o la ironía. De lo que huye siempre es del “dogmatismo de púlpito”.

De entusiasmos parecidos es partícipe Francisco Umbral (Madrid, 1932-2007), al que han seguido e imitado numerosos lectores y articulistas, por su brillantez, constancia y atrevimiento. Para Bernardo J. Gómez Calderón, en sus columnas “ofrecía una seductora aleación de brillantez estilística y subjetividad desprejuiciada, casi exhibicionista, a caballo siempre ‘entre la política y la poética’”. Otro aire toman las columnas de Manuel Vicent (La Vilavella, Castellón, 1936), pues “en ellas confluyen numerosos géneros y registros, como el dietario y la narración autobiográfica, el relato breve o minificción, diversas suertes de ensayismo de contundente exactitud y composiciones cercanas al poema en prosa” (Raquel Macciuci).

Como se ve, la selección de los autores, el comentario sobre sus aportaciones y la antología de textos no tienen desperdicio. El volumen se abre con una introducción en la que los directores se expresan sobre la tradición del artículo en la prensa española, que pone en evidencia esa riqueza de la que hablábamos al principio. La atracción que ha despertado a lo largo de los siglos se manifiesta en los cientos de cultivadores que ahí se citan, sobre los que ofrecen certeros juicios en relación con lo que fueron plasmando en las siempre efímeras páginas de los periódicos. La síntesis es excelente y la pena es que no haya podido ser más extensa, aunque otras publicaciones de los dos autores añadan material excelente para que el panorama tenga toda su amplitud y luminosidad.

Juan Cantavella
Universidad CEU San Pablo